

SANTO TRIDUO PASCUAL. AÑO DE LA FE

Guía para la lectura y predicación del CEC (SEC)

Se repite con razón una y otra vez que el Triduo es el centro de la vida de la Iglesia y, dentro del mismo, la Vigilia es el corazón. Las celebraciones litúrgicas del Jueves y del Viernes cuentan con la participación de los fieles; sin embargo, la Noche Santa, la Vigilia, sobre todo si es vigilia nocturna, como debe ser, no ha entrado. Se echa de menos un fuerte esfuerzo pastoral de catequización sobre el Triduo y principalmente sobre la Vigilia (véase 1095).

El Triduo ofrece la siguiente estructura:

Primer Día: del jueves al atardecer celebración de la Cena del Señor, al Viernes por la tarde celebración de la Muerte del Señor. Se celebra el anticipo del Misterio pascual en la Última Cena y la primera fase del Misterio, la negativa, que se centra en la Pasión y Muerte del Señor.

Segundo Día: del Viernes al atardecer hasta el Sábado por la noche. Se celebra, dentro de la primera fase del Misterio Pascual, la sepultura del Señor. No hay otras celebraciones litúrgicas, fuera de la liturgia de las horas. A no pocos les da la sensación de un día vacío. Y lo es, porque está vacío de Cristo, muerto y sepultado, y, por eso, lleno de la contemplación de la Iglesia, la esposa, que medita el pasado y se abre al próximo futuro.

Tercer Día: de la Vigilia Pascual a todo el Domingo de Resurrección. Este Día no tiene ocaso. Se celebra la segunda y definitiva fase del Misterio Pascual, la positiva: la Resurrección del Señor del fondo de la misma muerte.

Se ha aludido al comienzo a la Vigilia nocturna. La Vigilia da el nombre a toda la celebración. Señal de su importancia. Esta Vigilia, como toda vigilia eclesial, pide oración sosegada. En esta Noche con la contemplación de los grandes momentos de la Historia de la Salvación, desde la Creación del mundo hasta la Resurrección de Cristo. Las nueve lecturas han de escucharse «en silencio meditativo». Los formularios que les acompañan ahondan la contemplación y avivan la súplica. Se malogra el conjunto de la celebración, cuando se reduce la Vigilia y deja de ser vigilia, es decir, deja de ser espera larga en la noche del Señor resucitado. Las aportaciones que se ofrecen a continuación giran en torno a los anuncios evangélicos.

Jueves Santo: JESUCRISTO, EL MAESTRO Y EL SEÑOR QUE AMÓ HASTA EL EXTREMO.

Felipe Fernández Caballero

TEMA CENTRAL

"Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que era entregado, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, por el cual iba a perpetuar a través del tiempo hasta su retorno el Sacrificio de la Cruz y a confiar así a su amada Esposa, la Iglesia, el memorial de su Muerte y Resurrección" (S.C. 47)

LECTURAS:

1. "La sangre será vuestra señal"

Ex 12,1-8 11-14

La primera lectura nos remite a la preparación de la cena pascual de los judíos. Cristo eligió para su eucaristía el contexto de esta cena conmemorativa del Éxodo. El significado de la misma, que vamos a describir a grandes rasgos, nos ayudará a penetrar en profundidad en los gestos y en los sentimientos de Cristo en la noche anterior a su muerte.

En la celebración de la Pascua judía, el pan tiene un simbolismo propio: "*Este es el pan de miseria que nuestros antepasados comieron en Egipto: que aquel que se sienta necesitado venga a celebrar la Pascua*". El pan de la Pascua remite al Dios que actuó en la historia liberando a su pueblo oprimido.

La elevación de la copa de vino va también unida a una plegaria de bendición que expresa la alegría de la liberación de la esclavitud y acompaña el sacrificio "*del cordero de Pascua con cuya sangre serán rociadas las paredes de tu altar*". Con sangre se marcaron en Egipto las puertas de los israelitas "*cuando el Señor pasó hiriendo a los egipcios y protegiendo nuestras casas*". Con sangre se ratificó también la Alianza en el Sinaí. Con la comida del cordero inmolado, la Pascua judía conmemora de generación en generación la liberación de Israel y la ratificación de la antigua Alianza por la sangre.

El vino constituye, además uno de los elementos del banquete mesiánico, donde tendrá lugar la auténtica acción de gracias en la que se podrá levantar con toda verdad "*la copa de la salvación*" (*Sal. 115, 13*).

Pero esa celebración no remite simplemente al pasado: es un "*memorial*", una experiencia religiosa de valor permanente, que sitúa al pueblo judío en el dinamismo de los acontecimientos, en la historia de la salvación. La liturgia judía precisa el significado siempre actual del éxodo liberador: "*todo aquel que sea esclavo, ¡que venga a celebrar la Pascua!. Dios pasa salvando!*".

En la atmósfera de la pascua judía encuentran todo su nuevo y radical significado la fracción del pan y la distribución de la copa que Jesús realizó cenando con sus discípulos.

2. "Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre"

1Cor 11, 23-26

Pablo nos sitúa en lo que constituye el centro de la celebración de esta tarde. No se trata de una comida ordinaria; ha recibido del Señor lo que él, por su parte, ha transmitido.

El rito de la antigua Pascua ha sido sustituido por uno nuevo:

- la comida del cordero desaparece, porque va a ser "*inmolada nuestra víctima pascual, Cristo*" (1 Cor. 5, 7): Jesús es el *Siervo de Yahvé* que, en su obediencia filial hasta la muerte, cargará con los pecados de los hombres ofreciéndose como el auténtico "*cordero expiatorio*" (Lv. 14):

- la atención, en la Nueva Pascua, se vincula a la fracción del pan y a la bendición

de la copa de la salvación. El pan de la miseria y de la prisa será ahora el signo del Cuerpo sacrificado de Cristo, pan vivo y vivificante: "*El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo*" (Jn. 6, 51). Y el vino de su copa será el signo de la sangre derramada: "*Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre*"

- la Nueva Pascua será el *memorial* de la muerte salvadora de Jesús aceptada por el Padre, y la *acción de gracias* que festeja la misericordia y la fidelidad de Dios, su intervención decisiva en favor de la liberación de todos los hombres: "*Cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor*"

- la comida de la Cena del Señor será prefiguración y anticipo, en la fe y en la esperanza, del banquete escatológico en el Reino del Padre. Por ello la Iglesia ha recibido del Señor el "mandato" de proclamar la muerte del Señor "*hasta que vuelva*".

Evangelio: "Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis"

Jn. 13, 1-15

El texto evangélico de hoy es de tal importancia que, con razón, es definido como ley, modelo y expresión de la estructura fundamental de la comunidad de Jesús

El gesto de Jesús que recoge, y que la Iglesia revive en esta tarde, ha de ser contemplado a la luz del pensamiento de Pablo sobre la Eucaristía. El Apóstol ha fijado su atención en una doble entrega de Cristo, a la muerte y a los suyos, en el misterio de su cuerpo y de su sangre.

En la base de esta doble entrega está el amor: "*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*". La revelación, pues, que Cristo viene a traer al mundo es la del amor: el amor del Padre, del que es sacramento el pan de la eucaristía, y el amor que ha de caracterizar toda la existencia de sus discípulos.

Jesús actúa como "*el Maestro*" y "*el Señor*". Así lo reconocen sus discípulos. Ahora bien, la autoridad de Jesús para con los suyos no es otra que la que nace del amor y se expresa en el amor.

Si el Maestro y el Señor se ha hecho esclavo de todos, la comunidad de los discípulos está obligada a hacer suyo ese compromiso de amor, en una voluntad de servicio hasta la muerte de cruz. La confesión de Cristo como Maestro y Señor lleva consigo inseparablemente la identificación con su conducta. Ahí está además, su identidad más profunda, su alegría y su salvación

Pedro se resiste a aceptar que Jesús le lave los pies porque no ha alcanzado aún una correcta comprensión del señorío de su Maestro; lo comprenderá más tarde cuando, tras una triple confesión de amor, reciba el mandato de sustituirle como pastor de sus ovejas Avanzar en la comprensión de que el amor es el fundamento de toda autoridad y el servicio su exigencia más profunda, será el reto permanente de quienes ejercen algún ministerio en la comunidad de los discípulos de Cristo.

O bien esta otra HOMILÍA

El texto evangélico que acabamos de proclamar es de tal importancia que, con razón, es definido como ley, modelo y expresión de la estructura fundamental de la comunidad de Jesús.

El gesto de Jesús del lavatorio de los pies a sus discípulos que la Iglesia revive en la celebración de esta tarde, ha de ser contemplado a la luz del pensamiento de Pablo sobre la Eucaristía, que se nos ha transmitido en la segunda lectura.

El Apóstol ha fijado su atención en una doble entrega de Cristo, a la muerte y a los suyos, en el misterio de su cuerpo y de su sangre. En la base de esta doble entrega está el amor: *"Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"*.

Pablo nos sitúa en lo que constituye el centro de la celebración: la Cena del Señor. De Él ha recibido lo que él lo que a su vez nos ha transmitido. El rito de la antigua Pascua judía , descrito en la primera lectura, ha sido sustituido por uno nuevo. La comida del cordero pascual desaparece, porque va a ser "*inmolada nuestra víctima pascual, Cristo*" (1 Cor. 5, 7); y la atención, en la Nueva Pascua, se centra en la fracción del pan y a la bendición de la copa de la salvación, signos del Cuerpo sacrificado de Cristo, pan vivo y vivificante –*"El pan que yo daré es mi carne , para la vida del mundo"* (Jn. 6, 51)– y de su sangre derramada: *"Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre "*

La comida de la Cena del Señor será a su vez prefiguración y antícpo, en la fe y en la esperanza, del banquete escatológico en el Reino del Padre. Por ello la Iglesia ha recibido del Señor el "mandato" de proclamar la muerte del Señor *"hasta que vuelva"*.

Cristo ha venido a traer al mundo la revelación del amor: el amor del Padre, del que es sacramento el pan de la eucaristía, y el amor que ha de caracterizar toda la existencia de sus discípulos.

Por ello es profundamente significativo que, en el lugar en que los sinópticos sitúan la celebración de la cena pascual, el evangelista San Juan haya situado la insólita y sorprendente escena de Jesús lavando los pies a sus discípulos. Durante aquella cena celebrada *"antes de la fiesta de la pascua"* en la que iba a *"pasar de este mundo al Padre"*, Jesús mostró a los suyos el amor infinito de Dios y a les propuso el amor fraternal como el signo esencial de su condición de discípulos.

Jesús actúa como *"el Maestro"* y *"el Señor"*, y así los reconocen sus discípulos. Si el Maestro y el Señor se ha hecho esclavo de todos, la comunidad de los discípulos está obligada a hacer suyo ese compromiso de amor, en una voluntad de servicio hasta la muerte.

Pedro se resiste a aceptar que Jesús le lave los pies porque no ha alcanzado aún una correcta comprensión del señorío de su Maestro; lo comprenderá más tarde, cuando tras una triple confesión de amor reciba el mandato de sustituirle como pastor de sus ovejas. Avanzar en la comprensión de que el amor es el fundamento de toda autoridad y el servicio su exigencia más profunda, será el reto permanente de quienes quieran seguirle, y especialmente de quienes ejercen algún ministerio en la comunidad de su Iglesia. *"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado"*. Ahí está, además, su identidad más profunda, su alegría y su salvación

La novedad del mandamiento del amor estriba, en primer término, en el ejemplo del Señor: los discípulos deben amarse porque ellos fueron amados primero; sólo quien es amado y se siente amado es capaz de amar: el amor de Jesús es el fundamento del amor

fraterno. En segundo lugar, en los caracteres de ese amor: es un amor de entrega, hecho de comunión y de sacrificio; en la comunidad de Jesús no cabe ninguna relación de dominio; sólo la de la reciprocidad sin reservas, la del servicio humilde, la de la atención solicita. Y por último, en su finalidad: no es simplemente un amor altruista y humanitario, sino la continuación, en el mundo, de la obra de Jesús: el amor mutuo ha de ser manifestativo del amor que Dios tiene a los hombres.

“Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”

Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

«El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y sus palabras ``hasta que venga'' (1 Co 11, 26), no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre» (1341).

«Así, de celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús``hasta que venga'' (1 Co 11, 26), el pueblo de Dios peregrinante ``camina por la senda estrecha de la cruz'' hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino» (1344).

TESTIMONIO CRISTIANO

El amor cristiano es más que filantropía, es caridad que brota de la vida compartida en el mismo Cuerpo de Cristo, en la Iglesia de la Eucaristía: «Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis ``amén'' (es decir, ``sí'' ``es verdad'') a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir ``el Cuerpo de Cristo'' y respondes ``amén''. Por lo tanto, sé tú verdadero miembro de Cristo para que tu ``amén'' sea también verdadero (S. Agustín)» (1396).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

El término de la vida terrena de Jesús, de la Última Cena a la Resurrección, se enmarca en la Pascua antigua y en la Nueva: La Cena se celebra «Antes del día de la fiesta de la Pascua» antigua. Se relaciona así con aquella Pascua. Y la misma Cena se vincula, a su vez, con la Pascua Nueva: «Antes del día de la fiesta de la Pascua (antigua, la fiesta del paso del Dios salvador de su pueblo), sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar (su Nueva Pascua) de este mundo al Padre... estando cenando...». El paso de Jesús al Padre prolonga y supera a la Pascua antigua, es la Pascua Nueva.

El día de la Eucaristía se lee el evangelio del lavatorio de los pies, para destacar que la Eucaristía se frustra sin el servicio mutuo.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La institución de la Eucaristía: 610; 1337-1344.

La Oración de la Hora de Jesús: 2746-2751.

La comunión de bienes espirituales y materiales: 949-953.

El respeto de la persona y la solidaridad imperativos del mandamiento nuevo: 1929-1933; 1939-1942.

Razón de ser del sacerdocio ministerial: 610; 1548-1553.

La respuesta:

La ofrenda de la Iglesia en la Eucaristía: 1368-1372.

La Iglesia de la Eucaristía, Iglesia de la caridad: 2074; 1396-1398.

El ministerio sacerdotal: 1551. 876-879.

C. Otras sugerencias

I.

Si en verdad se participa de la Eucaristía, se participa de la Muerte del Señor. Si se participa de la Muerte del Señor, se ama como El amó, «hasta el fin». El ministerio es el servicio eclesial que acerca el Amor del Señor hasta la muerte a los miembros de la Iglesia.

Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

El Jueves santo es un canto a la liberación. En él celebramos la Pascua cristiana: el paso liberador de Dios por la historia mediante la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, conmemorada en la celebración de la Eucaristía (segunda lectura). La Pascua cristiana revive y perfecciona otra pascua, otra liberación, llevada a cabo por Dios mediante su siervo Moisés: la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia (primera lectura). El texto evangélico nos sitúa ante una liberación interior, la liberación de nuestro egoísmo para ser libres y servir a nuestros hermanos, siguiendo el ejemplo de Jesucristo.

MENSAJE DOCTRINAL

Liberación, palabra evangélica.

La palabra liberación tiene su contrapartida en el término esclavitud. Cuando un individuo, un grupo humano, una nación grita por la liberación, quiere decir que sienten en carne propia el peso opresor de alguien que los esclaviza. En la Biblia, que es revelación de Dios en la historia y por la historia, no está ausente esta realidad y experiencia tan humana. Fijándonos en la primera lectura, nos damos cuenta de que el rito de la Pascua, como lo celebraban los antiguos israelitas, rememora un momento histórico dramático y estupendo. Dramático, porque recuerda a todos la dura experiencia de la esclavitud en Egipto; estupenda, porque, en virtud del poder de Yahvéh, han sido arrancados de la esclavitud. El modo de comer el cordero: La cintura ceñida, los pies calzados, bastón en mano y a toda prisa, señala la irrupción liberadora de Dios y la colaboración humana con la extraordinaria e inesperada acción de Dios. Israel, como pueblo, reconoce que Dios se ha acordado de su estado de oprimidos, y ha intervenido eficazmente como liberador. La segunda lectura también trata de la pascua, pero ahora ya no es la pascua judía, sino la pascua cristiana, como era celebrada en la Iglesia apostólica. El bautizado es consciente de que ha pasado de la esclavitud a la libertad, gracias a la Pascua de Cristo. Cada

domingo, cuando los cristianos se reunían para celebrar la Eucaristía, rememoraban y revivían, como individuos y como Iglesia, el evangelio de la libertad, "la libertad con la que Cristo nos ha liberado". Una liberación, no de una opresión física como en la primera Pascua, sino de la opresión espiritual, que es el pecado y el imperio por él instaurado. Por la Pascua de Cristo, el bautizado ha pasado del reino de las tinieblas opresoras al reino de la luz liberadora. En el evangelio Jesús completa la enseñanza sobre la liberación, indicándonos su finalidad: Liberados y libres para poder servir al hombre. La liberación evangélica, para ser tal, estará destinada al servicio, sobre todo de los más necesitados. Un servicio tras las huellas de Cristo, que, ejerciendo la función de padre de familia, se hace siervo y se pone a lavar los pies a sus discípulos, para que ellos aprendan a hacer lo mismo.

Bautismo y Eucaristía, sacramentos de libertad.

Por el bautismo el hombre es sumergido en la Pascua de Cristo, es decir, en el paso liberador de Cristo por su existencia. Sólo el hombre liberado puede celebrar y participar en la Eucaristía, sacramento de los hombres libres. Tal vez en el lavatorio de los pies de los apóstoles (evangelio) haya una cierta nota bautismal. ¿No dice Jesús: El que se ha bañado sólo necesita lavarse los pies, porque está completamente limpio; y vosotros estáis limpios, aunque no todos? Limpios, libres de todo pecado, pueden participar a la Pascua del Señor. San Pablo recoge en la segunda lectura las palabras de Jesús: Haced esto en memoria mía. La Pascua de Cristo no es un hecho del pasado, se revive en el presente, siempre que los cristianos se reúnen para celebrar la Eucaristía. Es decir, para celebrar a Cristo que nos dice: "Te ofrezco mi vida para liberar la tuya de todo lo que te impide ser libre. Te ofrezco mi cuerpo y mi sangre como alimento para que no desfallezcas en tu lucha por la libertad". El hombre ha buscado la liberación y la libertad por muchos caminos, no pocos de ellos equivocados. Hoy como ayer el modelo cristiano se presenta como camino verdadero de libertad.

SUGERENCIAS PASTORALES

La Eucaristía, o sea, la fiesta de la libertad.

El catecismo de la Iglesia católica enseña que la Eucaristía es fuente y cima de toda la vida cristiana y añade que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua (CEC 1324). Me pregunto qué es ser cristiano. Y, entre otras muchas respuestas, encuentro ésta: "Ser libre para amar a Dios y al prójimo". Me pregunto quién es Cristo, todo el bien espiritual de la Iglesia. Y me viene en seguida a la mente una respuesta muy conocida: El Redentor del hombre, el liberador de la humanidad. La Eucaristía es pluridimensional: es sacrificio, banquete pascual, memorial, acción de gracias... Junto a estas dimensiones irrenunciables hay que situar ésta otra: fiesta de la libertad. Digámoslo con un raciocinio lógico: Ser cristiano es ser libre, la Eucaristía es la fuente y cima del ser cristiano, luego la Eucaristía es la fuente y cima de la libertad. Celebrar la Eucaristía es celebrar la libertad cristiana, que por su misma naturaleza es libertad integral. La libertad integral radica y se desarrolla en la libertad interior. Es decir, libre del pecado, libre del ego, libre de cualquier condicionamiento psíquico o moral. Ésta es la libertad que principalmente celebramos en la Eucaristía. Pero no exclusivamente, porque la libertad tiene que hacerse visible, encarnarse en hechos y realidades circunstanciales de la vida. Libres para ayudar a una persona necesitada; libres para decir la verdad sin miedos, aunque con prudencia; libres para hacer el bien aunque no te lo agradezcan; libres para dar testimonio públicamente de la propia fe... ¿Acaso no ha sido la Eucaristía, para tantas santas y santos, la fuente de esta gran libertad de espíritu? Cuando la comunidad cristiana se reúne en torno a Cristo en la

Eucaristía lo hace como comunidad libre que quiere seguir creciendo en libertad.

La Eucaristía, fuerza de la libertad.

Cuando en la santa misa recibimos la Eucaristía nos alimentamos con Cristo mismo, fuente y modelo de la libertad cristiana. Por eso, un cristiano que quiera llegar a ser verdaderamente libre siente la necesidad de comulgar con frecuencia. La tentación de la esclavitud acecha continuamente al hombre, a veces de modo muy seductor. La Eucaristía nos ayuda a romper el encanto de la tentación, a reforzar nuestra decisión de seguir a Cristo, el amante y el promotor de la libertad. ¡Absurdo el solo pensar que la comunión es para beatas! ¡Cuánto daño hacen a los cristianos ciertas etiquetas! Aquí encuentran también un motivo más las visitas eucarísticas. Cuando la libertad individual, política, social, religiosa... está en peligro, ¿a qué puerta llamar, sino a la puerta del sagrario donde Cristo nos está esperando para infundirnos ánimo en nuestra tarea de hacer vencer a la libertad? En la educación de las nuevas generaciones cristianas, creo que aprovecharía mucho el insistir más en la eucaristía, y menos en modas pastorales, que hoy son y mañana no parecen.